Análisis del ensayo de Montaigne: «Aprender a morir» desde una perspectiva de las prácticas del cuidado de sí y de Michel Foucault

Roselén Schiaffino

Desde los albores de los tiempos el Ser Humano se ha desvelado preocupado por la muerte, que la sabe inevitable, ha buscado relacionarse con los Dioses y deidades haciendo acuerdos para prolongar la vida y que el pasaje a la muerte sea una transición pacífica y asistida por ellos. Aunque siempre ha querido evadirla, ya sea realmente, buscando la inmortalidad con el elixir de la vida, éstos eran los alquimistas; o buscando trascender los límites de la vida, dejando obras exquisitas o monumentales para que perduraran y trascendieran la vida de su creador.

La humanidad en sus diferentes culturas se ha relacionado de una forma muy diferente con la muerte, unas, las más antiguas lo han hecho en una forma muy natural mientras que para otras, las más modernas, es un tema prácticamente tabú.

Al analizar lo ocurrido en la Edad Media, en el siglo XIII, cuando aparece el flagelo de la «Peste Negra» con la que muere un tercio de la población europea; en esas circunstancias que desde el cristianismo se predica «la buena muerte» y «la mala muerte». El hombre para el cristianismo, gozaba de la inmortalidad, fueron Adán y Eva, los que trajeron la muerte con la desobediencia a Dios, Él luego redime a la humanidad sacrificando a su único hijo que al resucitar después del tercer día, le concede la vida eterna. Con la llegada de la cultura europea a América se predica y practica este culto de «la buena muerte» en muchas sociedades americanas hasta el día de hoy, por ejemplo: en Méjico, Paraguay, Venezuela. Ya en la modernidad, la muerte dejó de ser un problema del hogar, ahora es un problema que se dirime en la clínica o en el hospital; antes había una buena muerte; antes la muerte era compartida en la intimidad de la familia y los amigos, ahora es un fenómeno aislado, pasivo y solitario; antes la muerte era rápida, ahora la muerte es lenta, prolongada con mecanismos auxiliares, que sostienen la respiración, los latidos del corazón y las funciones vitales; es así que la muerte adquiere varios calificativos que la clasifican; como si hubiera muchas variedades de ella: muerte encefálica, muerte clínica, suicidio, muerte asistida, eutanasia; la muerte ya no es un asunto personal sino que pasó a formar parte a un proceso cultural, que compete a los comités de bioética en las clínicas y hospitales. La muerte pasó a ser un problema técnico, para el que hay empresas que se encargan de «eso».

En muchas de las sociedades actuales la muerte es un tabú. De lo que no se habla ni con los niños, ni entren los adultos, porque la muerte le ocurre o le llega a los «otros», nunca a nosotros mismos, ni a nuestros seres queridos.

Se podría decir entonces, que el ser humano venera y teme tanto a la muerte que hace un culto a la inmortalidad, basta con observar en las antiguas civilizaciones, las viviendas de los vivos, que eran de materiales totalmente perecederos, como la madera y la paja, en cambio las tumbas destinadas a guardar los restos mortales de las personas eran de piedra, y han perdurado a lo largo de los siglos. Y hoy en las sociedades de consumo, también se vive como si el ser humano fuera inmortal, usando recursos, o comprando cosas que no se necesitan, pero que en futuro próximo se podrían precisar. Para algunos filósofos (Schopenhauer) y científicos modernos (Darwin Charles), la inmortalidad existe, y es la de la especie, no la del individuo, en todos los seres vivos y en el género humano se produce la transmisión de información genética de un individuo a otro y de generación en generación se producen algunas modificaciones, o adaptaciones genéticas a los cambios que permiten mantener la especie saludable; es decir «la vida».

En el año 1595, cuando Montaigne escribe su ensayo sobre «Que filosofar es aprender a morir» presenta su visión acerca de la muerte, influida en parte por los estoicos pero superándola. Para los estoicos la enfermedad y la muerte que afectan al cuerpo, no dependen de los seres humanos; sólo dependen de ellos sus propios actos.

Montaigne, insiste en que la razón debe servir para no tenerle miedo a la muerte. Si bien el hombre debe tender a la felicidad y a la beatitud de su vida, o en su vida, por más que muchos seres humanos han vivido en perfecta salud, sin conocer el dolor, y sin embargo, dice Montaigne que la preocupación por la muerte es inevitable; porque no se puede escapar a ella.

El miedo a la muerte es un tormento permanente y que no tiene alivio, ya que ella llegará de todos modos. No hay forma de escaparle, ni de engañarla. Éste miedo no permite disfrutar de las cosas agradables de la vida, aunque siempre hay que tenerla presente, frente a los ojos, para mejor vivir.

Llega a decir que el objetivo de la vida es la muerte, tilda de «estupidez» el hecho de ignorarla, o no pensar en ella. Montaigne habla con desdén de aquellos que piensan en los años que les quedan por vivir, y escribe: «Según el curso ordinario de las cosas, vives desde hace mucho por favor extraordinario. Has rebasado los términos habituales de la vida.» *(Montaigne: 2007, 93).*Pone como límite los 35 años de vida, hace recuerdo de que más personas han muerto antes de los 35, que después. Para su época, esta expectativa de vida es normal, y a Montaigne, esto le preocupa, debido a que él mismo ya pasó esta expectativa, queda muy marcado por la pérdida de muchas personas allegadas, entre ellos, su mejor amigo, Étienne de La Boétie, quien murió por la epidemia de peste. En 1568 falleció su padre de un ataque de piedra en un riñón, también murió su hermano menor, así como su primera hija de tan sólo dos meses, por lo que le podría llegar su hora en cualquier momento.

Las diferencias del pensamiento de Montaigne con respecto al estoicismo de Séneca sobre el tema de la muerte muestran matices, y éste último propone un acercamiento a la vida y una manera de afrontarla desde la vida misma, no desde los miedos que inspiran el temor a la muerte. Hay una etapa en la que el individuo percibe más la muerte, y es la vejez, pero no por ello la vida debe despreciarse, según los estoicos. Séneca afirma que no hay que tener miedo a lo que no existe porque cada día morimos, es decir que cada día se nos lleva algo de la vida, e incluso cuando crecemos nuestra vida decrece en la misma proporción. El principio fundamental de los estoicos, que rige toda vida es el seguimiento de los designios de la naturaleza, lo que provee de sabiduría al hombre. En la vida persiste siempre el temor a la muerte, incluso el temor a la vida, pero para Séneca; «Saber que la muerte acompaña a la vida es quitarse el velo de los ojos que no permite observar que ambas son ineludibles. «Lo único que hay que temer de la muerte es el temor que inspira.» (Montaigne: 2007, 98).Fundamenta esta afirmación, que la muerte es temible porque es desconocida. Montaigne en su ensayo se percibe atormentado por estos pensamientos y reflexiona sobre la muerte de personajes ilustres como Jesús, Alejandro Magno, el duque de Bretaña, que murieron jóvenes y de una forma muy traumática y dolorosa, esto aterra a Montaigne. Y continúa enumerando una gran cantidad de personalidades por él conocidas que murieron por trivialidades, como su hermano menor, de un golpe en la cabeza haciendo deporte; él mismo fundamenta su pensamiento en este temor cuando dice: «¿Cómo es posible que podamos librarnos del pensamiento de la muerte, y que nos parezca a cada instante que nos tiene cogidos por el cuello» (Montaigne: 2007, 91). Siempre la muerte se presenta a alguien de improviso y lo deja abatido, turbado, confuso, tampoco es válida la cobardía para la muerte, ya que ésta persigue tanto a los cobardes como a los valientes. Lo que propone Montaigne para no verse sorprendido, es estar siempre alerta; «Privémosle de la extrañeza, frecuentémosla, acostumbrémonos. No tengamos nada tan a menudo en la cabeza como la muerte», aunque sea en el medio de una fiesta, en plena alegría, en los momentos de mayor gozo, propone no dejarse llevar por esas sensaciones agradables, y traer a la memoria de cuántas formas la alegría está expuesta a la muerte. La perspectiva estoica de Séneca es diferente y se debe abordar sobre la condición mortal del ser humano. Los estoicos, además de reflexionar sobre una preparación para la muerte, establecen que es necesario disponer el alma y la vida en orden. Enseña a pensar sin tristeza en el fin inevitable. De hecho, ni siquiera se debe temerle, porque el propio temor se acaba en ella, debido a que únicamente lo que está dotado de vida es capaz de experimentar temor. Montaigne propone que el hecho de pensar continuamente en la muerte sea un ejercicio espiritual, al estilo del que hace el estoicismo; piensa continuamente en los riesgos y peligros que lo acechan, un accidente que podría ocurrir, estando sano o con fiebre, en el mar o en la tranquilidad de su casa, estando en una batalla, o descansando, la muerte está igualmente cerca; al punto que en una oportunidad, estando cerca de su casa, se le ocurrió algo acerca de lo que se debía hacer después de que él

muriera, y temiendo que no pudiera llegar, porque la muerte lo podría sorprender en el camino; allí mismo lo escribió por ese temor. Dice en su ensayo: «Para acabar mi tarea antes de morir, todo tiempo me parece corto, aunque sea trabajo para una hora»En realidad, piensa Montaigne, que está realmente obsesionado con la muerte, que es necesario soltar amarras, despedirse de todo el mundo, excepto de sí mismo, él cree que está preparado para abandonar el mundo de manera más plena y absoluta; porque *las muertes más muertas son las más sanas.* (Montaigne: 2007; 95).

Una forma de evitar el sufrimiento que provoca la conciencia de la cercanía de la muerte, es no dejar labores inconclusas, por eso es necesario, no hacer planes a largo plazo, no emprender proyectos de largo aliento, porque la muerte puede dejar trunco ese proyecto; y ese hecho produciría en el individuo que se da cuenta que va a morir, un gran desasosiego, una gran preocupación y frustración. Así también se manifiesta el temor a la muerte. Ese pensamiento obsesivo de Montaigne, se distancia del pensamiento estoico; para ellos todo lo que ocurre depende de la Naturaleza. La muerte es inevitable y se está destinado a ella pero, de la misma manera, la vida, la riqueza, la pobreza, la fama, el dolor y la alegría forman parte del destino. Todo tiene un sentido y una razón. Nada ocurre fuera de los designios de las leyes del Universo. Si es aceptado este destino, el hombre se conforma con él y es feliz. La primera y más importante aceptación es la de la fugacidad y fragilidad de la vida, que es efímera. Por otro lado, cualquier momento puede ser el último y nada puede garantizar que al instante siguiente aparezca la muerte; asumir esto es asumir que la vida es efímera. Montaigne coincide con los estoicos en que quien niega su fugacidad y su fragilidad se cree eterno e invulnerable. Por lo tanto quien se cree eterno e invulnerable se engaña y este engaño entraña un sufrimiento. Para evitar ese sufrimiento se debe aceptar el destino ineludible: la muerte y el olvido. Cuando menciona a Sócrates y los tiranos que lo condenaron, aparece una contradicción: dice «¡Qué necedad afligirnos cuando estamos a punto de liberarnos de toda aflicción!», él mismo cuestiona sus propias palabras, subrayando lo fluctuante de sus "estados de ánimo y opiniones». Montaigne nos deja una puerta abierta a la reflexión; está aplicando el precepto socrático «Conócete a ti mismo» que lleva a una exploración de los enigmas de la condición humana, en su miseria, su vanidad, su inconstancia, en su mezquindad y también en su dignidad. Querer aferrarse a estas realidades transitorias es imposible y es lo que produce el sufrimiento, porque en el mundo, nada es estable ni permanente. Los bienes materiales, la fama, la salud son cosas transitorias. La muerte es la única certeza. De pronto en su ensayo hace una afirmación con tono de reproche hacia la religión: «Nuestra religión no ha tenido fundamento humano más seguro que el desprecio de la vida» (Montaigne: 2007; 100). Acusa a la religión de amenazarlo con muchas formas de muerte y se pregunta si ¿es razonable temer todo el tiempo a algo tan efímero, que tiene tan breve duración? Reflexiona sobre los cometidos de la vida y llega a la conclusión que la vida no es de suyo, ni bien ni mal, sino que

depende del uso que se haga de ella. Dice que el provecho de la vida no reside en la duración, sino en el empleo que se haga de ella.

La vida, dice, es un ciclo, así como se suceden las estaciones, se suceden las etapas de la vida del sujeto, la niñez, la juventud, la adultez y la vejez; y el ciclo se repite en otro individuo. Un individuo al morir deja lugar a otro para nacer, así se repite este ciclo vital, o mortal en el tiempo, igual que pasan el sol y las estrellas en el cielo nocturno sucediéndose. Esta idea la toma de una cita que hace en latín, de San Agustín, en «Ciudad de Dios». «No lo vieron de otro modo nuestros padres, ni lo verán de otro modo nuestros descendientes» (Montaigne: 2007; 103). Para San Agustín la muerte no es nada, dice «sólo he pasado a la habitación de al lado» En cuanto al tiempo, Montaigne resalta la magnitud de la eternidad de la muerte, frente a lo efímero de la vida. « Por mucho que vivas, no acortarás un ápice el tiempo que vas a estar muerto», también dice: «Todos los días se dirigen a tu muerte, el último la alcanza», toma esta referencia de «Cartas a Lucilio de Séneca».

Todo este estoicismo, este temor y obsesión por la muerte que manifiesta Montaigne, se desvanecen, debido a un accidente que lo aproximó a la muerte y lo hizo cambiar de parecer, alrededor de sus 40 años. Este encuentro cara a cara con la muerte sucedió entre 1569 y 1570 cuando cabalgaba alejándose de su castillo en compañía de algunos sirvientes. Era una cabalgata en un terreno plano, fácil de recorrer, no llevaba armadura ni ninguna protección especial más que la de su espada, cae del caballo por ser empujado por orto jinete y queda sin sentido, tirado en el suelo. Los sirvientes lo llevan de regreso al castillo y él, en ese camino se debate entre la vida y la muerte, escribe más adelante su vivencia y su encuentro con la muerte, diciendo que su alma estuvo a punto de desdoblarse de su cuerpo, se sentía como si lo condujeran sobre una alfombra mágica, narra como se sentía libre de angustia y de tormentos, a pesar de que los testigos que lo acompañaban le relataron su desesperación por no poder respirar, y su tos con vómitos de coágulos de sangre. Escribe Montaigne al respecto: «Me parecía que mi vida pendía sólo del borde de mis labios. Cerraba los ojos para, según me parecía, ayudarla a salir, y me complacía en mi creciente languidez, dejándome ir…» (Bakewell:2011, 32). Esta experiencia fue un acercamiento, una praxis sobre la muerte, él la denomina «exercitation», que no tenía nada de parecido a lo que él se había imaginado que era, esa muerte llena de temores, de sufrimiento, de incertidumbre. Nada de eso había sentido en esa visita, que más tarde trataría de recrear para mantenerla presenta. Todo lo que se había preparado para enfrentar a la muerte, según sus guías espirituales, los estoicos, lo olvidó y se dejó seducir por la idea de la muerte, se podría decir que sintió placer en ella, disfrutando de esa sensación deleitosa y flotante. Este descubrimiento va en contra de sus modelos clásicos estoicos.

Llegó a la conclusión que no se puede preparar para la muerte, como no lo hacían los campesinos y la gente común. La naturaleza, se hace cargo de ellos y los prepara. Sólo piensan en la muerte en el

momento de la muerte. Este episodio cambió la reflexión filosófica de Montaigne por otra más pragmática. «Si no sabes cómo morir, no temas; la naturaleza te dirá que hacer en ese momento». Según Foucault, en la sociedad moderna, la muerte se ha convertido en un tabú, lo atribuye al protagonismo que ha ido adquiriendo la biopolítica. Ésta consiste en administrar la vida de las personas.

> Cuando la gestión misma de la vida deviene en el objetivo principal del poder, la muerte se convierte en un ámbito incómodo. La muerte, como momento de extinción de la vida, quedaría fuera del alcance de los mecanismos del poder, representaría su límite externo.
>
> La biopolítica sabría perfectamente qué mecanismos desplegar para controlar y gestionar la vida, pero dicha habilidad se desvanecería ante la muerte. Así pues, la muerte sería hoy lo que queda fuera del alcance del poder, lo que está más allá de su ámbito de actuación, y que, por ello, en cierta manera, pone al descubierto una de sus debilidades o líneas de fuga. (M. Foucault: 1998; 82)

Para Foucault ese poder de la muerte parece ahora como el complemento de un poder que se ejerce positivamente sobre la vida, que procura administrarla, aumentarla, multiplicarla, ejercer sobre ella controles precisos y regulaciones. A raíz de este pensamiento explica Foucault en Historia de Sexualidad I; que las guerras no se hacen en nombre del soberano al que hay que defender; sino que se hacen en nombre de la existencia de todos que se tiene que preservar; «se educa a poblaciones enteras para que se maten mutuamente en nombre de la necesidad que tienen de vivir. Las matanzas han llegado a ser vitales». (M.Foucault: 1998; 97)

Reflexionando de la misma forma mordaz que lo hace M Foucault, esa obstinación en prepararse para morir que tiene Montaige, tan extraña y sin embargo tan normal y humana, tan constante en sus manifestaciones en todas las sociedades y culturas, por lo mismo tan poco explicable por particularidades o accidentes individuales, fue una de las primeras perplejidades de una sociedad moderna, en la que el poder político se propone como cometido la administración de la vida. Es parte de la práctica del cuidado de sí, de la reflexión filosófica, ver como un hecho traumático que ocurre en un instante de la vida, cambia radicalmente la forma de pensar y de proceder de un ser humano. Este cambio es atemporal, debido a que en nuestros días, pleno siglo XXI, se da de la misma forma, a través de una situación puntual de enfrentamiento con la muerte, en un instante, se llegan a cambiar todas las convicciones filosóficas, y sobre todo el modo de enfrentarse y asumir la propia vida. Montaigne termina por aprender que no hay que temerle a la propia existencia, que morir es dejarse llevar por una sensación placentera.

BIBLIOGRAFÍA

Montaigne, Michel de.Los Ensayos. 2007. Barcelona.
Foucault, Michel. Historia de la Sexualidad I.1998. Siglo XXI Editores.
Bakewell Sarah. ¿Cómo vivir? Una vida con Montaigne. 2011.